

idea humanitaria bulle en mi mente, y ella me obliga á terciar en la discusion.

Yo creo, señores, que el enfermo que sufre los dolores y las angustias de la enfermedad, experimenta un supremo consuelo, si advierte que los médicos que le cercan miran con interés su situacion y no esquivan prodigarle los recursos de la ciencia.

Creo tambien, que el moribundo que presiente ya la proximidad de su fin, y que divisa la fúnebre portada de la eternidad, vuelve anhelante la mirada á los sacerdotes que rodean su lecho de muerte, y á todos ellos pide una súplica, una oracion, una plegaria.

Así tambien, señores, el acusado, en los momentos solemnes de su juicio, cuando á los piés del jurado del pueblo espera que se pronuncie esa terrible palabra que vá á disponer de su porvenir, fija con ansiedad sus miradas en aquellos á quienes fiara su defensa, de quienes, tal vez, espera su salvacion.

Y por eso es que me decido á usar de la palabra; pero no temais que os fatigue por mucho tiempo; yo bien se que la brevedad es de un mérito indisputable en determinados discursos, y deseo alcanzar ese mérito.

No quiero por otra parte, hacer un trabajo de repercucion, insistiendo en los propios conceptos que con tanta maestría ha sabido desarrollar mi digno co-defensor. El, estudiando este proceso en concreto, no apartándose del terreno de la ciencia; yo quiero estudiarlo en complejo, abarcando el conjunto de los hechos y fijando mis observaciones en el campo abierto y dilatado de la filosofía.

Yo os explicaré los antecedentes de ese hombre que ocupa en estos momentos el oprobioso banquillo. Yo os referiré su historia, primero con sus sonrisas, con sus placeres, con sus dolores, con sus sufrimientos, con los gemidos de su corazon, con los ayes de su alma. Y cuando hayais escuchado mi narracion,

CAPITULO VII.

Defensa que en favor de Angel Martinez, acusado del homicidio que perpetró en la persona de Doña Guadalupe Islas, pronunció ante el jurado popular el Lic. Luis G. de la Sierra, en la audiencia del 14 de Abril de 1875.

SEÑORES JURADOS:

Me habia propuesto no hacer uso de la palabra en esta audiencia, porque la claridad del proceso y la aventajada opinion que siempre he tenido de mi apreciable y digno compañero el Sr. Gil Flores, como que me relevaban de hacer un esfuerzo que juzgo innecesario.

Y tal propósito se fortificó en mí, al escuchar esa magnífica exculpacion que os acaba de presentar el Sr. Flores, quien con suma exactitud ha hecho, por expresarme así, la diseccion del proceso, estudiándolo y analizándolo en todos sus detalles.

Nada hay en verdad mas que decir, y deberia yo guardar silencio, en honra siquiera de tan brillante defensa. Pero una

yo estoy seguro de que direis conmigo que, ese hombre á quien vais á juzgar, ha sido infinitamente desgraciado, pero no culpable.

Esta, es, señores, la proposicion que me propongo fundar en mi discurso y acreditar su evidencia como la luz del medio dia.

Mas antes de cerrar mi exordio, séame permitido, señores, consignar una salvedad tan interesante á la defensa como al defensor.

Mi corazon me dice, y me lo asegura mi creencia, que no es bien hablar de los que fueron, de los que han dejado de existir. Yo bien sé que para los muertos solo debe haber la salmodia fúnebre, la plegaria, las preces y la oracion, pidiendo su descanso eterno. Y si hoy vengo á exhumar la memoria de la desgraciada Guadalupe Islas, si osado levanto la loza que ha caido ya sobre la tumba; si vengo á remover la tierra que cubre un cadáver, no me llameis impío, es que mi deber de defensor á ello me obliga, y con sentimiento en mi corazon, con lágrimas en los ojos, voy á presentaros los hechos de esa mujer infortunada, porque en ellos encuentro los elementos vigorosos de la defensa. Caballero, no debia afean la conducta de una mujer en extremo desventurada. Cristiano, no debia colocar ante vosotros la memoria de esa infeliz que ha comparecido ya en el tremendo juicio ante el Juez Supremo; pero ansiando levantar á ese hombre del lugar de ignominia en que se encuentra, y pugnando por arrancar una víctima al patíbulo, debo atropellar por todo. Perdonadme.

¿Qué ha hecho ese hombre?

Os lo voy á explicar; hay en la India Oriental, una vívora de un color impuro, amarillo, tan terrible en sus mordeduras, que no hay ejemplo de que aquel á quien comunica su ponzoña haya escapado de la muerte. Los moradores de aquellas co-

marcas, cuando ven bullir entre la maleza aquel peligroso reptil, experimentan un terror indefinible; y medrosos y des-pavoridos, atendiendo á su concervacion, deseando vivir, toman una enorme piedra y con ella aplastan la cabeza de la ponzoñosa serpiente.

Angel Martinez, tenia dentro de su hogar ahí donde moraban sus hijos en donde estaban sus afectos, en donde descansaba de sus fatigas, una vívora maldita como las que abundan en los fértiles bosque de la India; Guadalupe Islas era esa peligrosa serpiente que se preparaba á terminar la existencia de mi pobre defendido, cuando éste, procediendo como los indígenas de los bosques de Bombay, la aplastó librándose para siempre de su emponzoñada mordedura.

No llameis impía ésta imágen pues solo ella puede expresar, aunque debilmente, lo que fué Guadalupe Islas.

¿Quereis formaros una idea completa del carácter abominable de esta mujer, de sus perversos instintos, de su maldad infinita? ¿Quereis aquilatar la paciencia de ese desgraciado, comprender la belleza de su índole y disculpar su accion, por mas que tenga tintas las manos en la sangre de la que fué su verdugo y acabó por ser su víctima? Pues escuchadme, oid la narracion, la tristísima historia de la vida de pesares y de sufrimientos que llevó Angel Martinez, al lado de Guadalupe Islas.

La novela no es una ficcion, es el relato de la vida real. Los novelistas no buscan en los tesoros de su imaginacion esos hechos terribles, esos episodios de lágrimas y de sangre.

La novela presenta solo la lucha encarnizada de las pasiones, el crimen tratando de devorar la virtud, el mal debatiéndose con el bien, el cinismo y la perversidad con la honradez.

Los novelistas presentan cuadros que pudiéramos llamar típicos de nuestra sociedad y de todas las sociedades; crean per-

sonajes hijos de su imaginación; pero los hechos que refieren son positivos, los palpamos, y reconocemos en ellos la marcha forzosa de la humanidad con sus miserias, con sus debilidades, con sus pasiones, siempre en lucha, en fermentación, en verdadera combustión.

Angel Martínez, ha tenido también su novela, su historia escrita con lágrimas; ha estado bajo el omnipotente dominio de las pasiones; ha palpitado su corazón en presencia de grandes acontecimientos. Amó con el fuego ardiente de la juventud; gozó en esos días supremos en que el ángel de los amores le daba su sonrisa; lloró cuando este bello genio plegando sus alas de oro, se apartó de él mostrándole el día sin sol del desencanto, en que el infeliz amante veía perderse entre las brumas del pesar, sus queridas ilusiones. Y vino entonces la lucha tormentosa de las pasiones, y el odio y el rencor se presentaron á él con su fúnebre cortejo, y después de luchar, y de esperar, y de rogar á Dios le devolviera la felicidad perdida, llegó el momento en que viera solo delante de sus ojos, un cadáver ensangrentado, y más allá.....los funerales aprestos del patíbulo.....

.....

Angel Martínez, hijo de unos pobres campesinos, se educó en uno de esos pueblos no distantes de la capital, en los que se conservan aun la sencillez y la pureza de costumbres. Vino á México joven, muy joven aun, casi adolescente, y entró al servicio de D^a Guadalupe Islas, la cual lo recibió en calidad de dependiente en una pequeña negociación.

Martínez se dedicaba con asiduidad al trabajo, y con excesiva honradez y laboriosidad hacia progresar los intereses de su ama.

La Islas contenta de la adquisición que había hecho, veía

con agrado á su joven dependiente y procuraba recompensar su honradez y buenos servicios.

Hasta aquí, la ama y el criado estaban en sus respectivas situaciones: ella mandaba con cariño, él obedecía con respeto.

Aquel trato constante, aquel afecto recíproco que existía entre la señora y el servidor despertaron otro sentimiento. Martínez era joven, tenía en su abono esos encantos que prodiga la naturaleza en la feliz alborada de la vida. La Islas fijó en él una mirada candente en la que se condensaba la pasión; y Martínez á su turno, adivinando los secretos del amor y dejándose atraer por el imán que existe en la mirada llena de pasión de la mujer, fué hacia ella y la reveló sus afectos, y ella escuchó con arrobamiento las palabras de su amante, y ambos se entregaron á esa vida de ventura en la que solo se ve el cielo purísimo de los amores.

Por su mal, estos desgraciados amantes confundieron el amor del espíritu que nace en el corazón para iluminar los cielos, con la sensualidad, con el amor de los sentidos, con la concupiscencia que produce los estremecimientos del placer; pero no la fruición, no el éxtasis de ese amor divino, espiritual y santo que purifica los terrenales afectos.

Ebrios de amor estos amantes partieron el lecho y procrearon varios hijos.

Así trascurrieron muchos años, no sin que se interpusiesen densas nubes que anublasen de vez en cuando el hermoso sol de la felicidad.

Insensiblemente comenzó á ennegrecerse el corazón de Guadalupe Islas; hastiada de placeres, veía casi con desdén á su pobre amante, á aquel joven inexperto á quien, en un momento de pasión y de ardimiento, elevó desde la domesticidad hasta la altura de sus afectos más íntimos.

Le parecía ya un amante [vulgar. Deshecho el encanto que

la fascinó en los primeros momentos de su pasión, veía en él un hombre común, y ya su corazón no se satisfacía con aquel amor que como un engendro bastardo vino á albergarse en su pecho.

Además, la Islas comprendía con en la perspicacia femenil, que ella también por el trascurso del tiempo, de ese eterno devastador, había ido perdiendo una á una las preciosas joyas de su belleza, y vio más hermosas á otras mujeres y brotó en su alma la desconfianza, y se hizo recelosa, y sintió enclavada en su corazón la espina agudísima de los celos.

Entonces veía trasgos y fantasmas en todas partes; y creía que Angel Martínez, si no le era ya infiel, estaba muy cerca de serlo, y esa fiebre ardiente, esa pasión emponzoñada, se revelaba en todo su ser; y de amante cariñosa se tornó subitamente en una mujer irascible, espantosa, implacable.

Ya sabéis, Jurados, lo que han venido á declarar ante vosotros catorce honrados ciudadanos, testigos todos de la vida de sufrimientos que ha llevado el infeliz Martínez al lado de la Islas; de los pesares infinitos que le ha causado; del mar de lágrimas que él ha derramado por la conducta inexplicable, por el carácter cruelmente espantoso de esa fúria, de esa mujer inverosímil.

Empero, Martínez lo perdía todo; sufría mucho; pero cuando apuraba el amargo cáliz de sus pesares veía en el fondo el amor, algo que le recordaba la pasión de que había sido objeto. Los celos reconocen por causa creadora de ellos el amor, y perdona á la Islas los crueles tratamientos, las injurias y los desdenes; porque todo esto emanaba de un principio santo, de un germen de afectos que le traía á la memoria aquellos momentos de felicidad que con avaricia disfrutó en mejores días.

Pero la mujer es un arcano, es un abismo una inmensidad que no puede sondear la profunda mirada de la filosofía.

La mujer cambia de formas como las nubes de verano, y tan pronto deja entrever el cielo diáfano de sus amores, como presenta los densos y negros nubarrones de sus odios.

Guadalupe Islas, aquella mujer que amó con delirio á Angel Martínez, que lo levantó del cieno de la servidumbre á la altura de sus caricias; que después sintió el roedor de los celos, porque aun existía en su alma algo parecido al amor; esa mujer acabó por odiar á Angel Martínez, tanto como le había amado. Y lo llenaba de maldiciones, y lo aborrecía como solo se aborrece en el infierno; y le increpaba, y le azotaba el rostro con el erizo del desprecio; y todo, porque un nuevo amor había brotado en el corazón de esa fiera, porque estaba entregada á los afectos de otro hombre á quien miraba hermoso, á quien sonreía de placer, á quien amaba con ese amor material, pero candente que experimenta en su cubil la pantera que olfatea al ser de su especie que ha de realizar con ella los misterios de la reproducción.

Mi pobre defendido nada sospechaba, no comprendía el cambio súbito de aquella mujer, y con infinita prudencia quería desarmarla, y en cambio de los desdenes, de las injurias y del desprecio, se esforzaba en darla sus caricias, quería alhagarla y abrirle los tesoros de su amor para volver á dominar en su corazón, para experimentar de nuevo las delicias del amante afortunado.

Y nada era bastante. Angel Martínez sentía rugir sobre su cabeza la tempestad, veía esas nubes precursoras de los malos vientos, y acudía con todo esfuerzo á su prudencia, á la suavidad de su carácter, á la belleza de su índole, para no zozobrar en medio de la tormenta que se le presentaba. Evocaba los recuerdos queridos de los primeros momentos de amor, interponía entre él y la fiera á sus pobres hijos, á esos niños inocentes,

cuyo candor no fué sin embargo bastante á dominar el carácter impetuoso, la pasión brutal de Guadalupe Islas.

Era forzoso. Llegó el momento fatal, el día terrible del 17 de Noviembre próximo pasado. Entonces Martínez sorprendió á su amante en los brazos de otro hombre, y se descorrió el velo que le ocultaba la criminal conducta de su querida, y á su vez sintió la punzada de los celos, y comprendió que la vida es un páramo cuando se deshacen las flores queridas de la ilusión y se toca con las manos el frío sudario de la desgracia, el espectro aterrador de la realidad.

Y no fué esto todo. Después del desengaño, y además de la villanía, del baldon y de la ignominia, aun acudió la miserable Islas á la abominación y al desprecio. Recordó á su infeliz amante su triste condición; y recobrando sus fueros de ama lo trató como la señora al siervo, y le amenazó con apartar de él para siempre á sus queridos hijos, y le amagó con la miseria, privándole de los bienes que él había aumentado, y le amenazó con la prisión, asegurándole que triunfaria el poder del oro que derramaria á manos llenas para perderlo; y llegando á una exaltación frenética, incomprensible, tomó un puñal para destrozarle el corazón.

Ángel Martínez no pudo más: ébrio, ciego, sin fuerzas para sostener aquella lucha titánica, cayó vencido, como cae desde la altura el águila caudal cuando heridas sus alas se niegan á surcar el viento; como cayó el ángel rebelde cuando fué abandonado por la mano de Dios.

Ángel Martínez, envuelto en la pasión, cegado por la ira, hirviendo en su corazón el fuego maldito de la venganza, del odio, de los celos, se miró abandonado de su ángel bueno, y sin fuerzas para sostener la lucha, y casi cediendo á movimientos nerviosos, arrancó el puñal de las manos de la Islas, y con él la hirió con furor hasta privarla de la existencia.

¡Qué espantoso contraste. Antes, las caricias, los afectos, los besos de amor; y después. el odio, la abominación, el rencor, las pasiones desencadenadas como los vientos que preceden á la tromba.

En lugar del éxtasis del amor, los estremecimientos de la rabia, el crujir de dientes.

¡Pobre humanidad! No sabes adonde caminas, no comprendes que un día se apaga la luz de la felicidad y un hado fatal te precipita en el negro abismo de la desgracia. ¡Pobre humanidad!

*
*
*

¡Qué hermoso está el mar en una mañana de Otoño! El cielo de un azul purísimo tiene el color del zafiro, y las aguas del Océano, el verde de la esmeralda. El sol se levanta magestuoso en el Oriente, como saliendo del fondo del mar, para iluminar la vasta extensión, y sonreír á ese prodigio de la naturaleza.

El agua está tranquila y sus ligeras y suaves ondulaciones, son producidas por una leve brisa que viene rizando dulcemente el verde cristal de la superficie del mar.

De improviso se presenta una hermosa y elegante embarcación, que muellemente se mece y camina ligera con sus velas estendidas, y haciendo oír de vez en cuando, el silbato de la máquina. A su paso va dejando en el espacio una ancha melena de blanco humo, y en el agua se advierte la plateada estela que forma la quilla del buque.

La tripulación está sobre la cubierta, radiante de felicidad, saludando al sol naciente y sintiéndose acariciada por el soplo de la brisa.

Adelantó la mañana y el buque continúa su camino, escu-